

Una mirada crítica a la perspectiva de Agustín Laje sobre el binomio sexo-género desde la teoría social durkheimiana

de la Fuente, Franco (CInIG - IdIHCS UNLP)

*“Somos víctimas de una ilusión que nos hace
creer que hemos elaborado lo que nos ha
sido impuesto desde el exterior”
Émile Durkheim (1982, p. 40)*

1. A modo introducción

El objetivo principal de este trabajo será revisar críticamente la perspectiva del politólogo Agustín Laje sobre el binomio sexo-género -retratada en sus obras *El libro negro de la nueva izquierda* (2017)¹, *La batalla cultural* (2022) y *Generación idiota* (2023)-, la cual combina lo biologicista, esencialista y restrictivo, algo que podría sonar contradictorio para quien se considera un amante de la libertad.

Cabe destacar que el escritor y conferencista cordobés ha adquirido una enorme popularidad en los últimos años -principalmente entre la juventud- gracias a videos publicados en YouTube en los cuales desarrolla, desde una postura abiertamente conservadora, diversas críticas a la “ideología de género”, el aborto y el feminismo hegemónico. Esta visibilización lo ha catapultado al círculo de intelectuales más cercanos del actual presidente argentino -autodenominado anarcocapitalista- Javier Milei.

Para discutir los pilares de la perspectiva lajeniana sobre el vínculo sexo-género abordaré al binarismo de género como un hecho social, concepto propuesto por Émile Durkheim (1982). Esto implica considerar a los mandatos sociales de masculinidad y feminidad como tipos de conducta y pensamiento que se encuentran inicialmente por fuera de las personas y están dotados de un poder imperativo y coercitivo en virtud del cual se nos imponen, seamos conscientes o no. Si bien esta perspectiva se centra en el reproductivismo social no por ello carece de herramientas para explicar el cambio y la diversidad. Como veremos en el cuarto apartado, los hechos sociales pueden ser entendidos analíticamente como una fuerza omnipresente sobre las personas y de naturaleza estática pero que en la práctica se encuentran en constante erosión y transformación.

¹ Debo mencionar que este libro se divide en dos partes, la primera escrita por Agustín Laje y la segunda por Nicolás Márquez. Desde ya que me centraré sólo en la primera sección.

Antes de adentrarnos al escrito, debo aclarar que el autor define bajo “ideología de género” lo que otros denominamos “perspectiva de género”, aunque presentan notorias diferencias. Mientras que la perspectiva de género es una forma de analizar lo social, la ideología de género consistiría, como desarrollaré a continuación, en una estrategia de las “nuevas izquierdas” para imponer una agenda política y cultural (Laje, 2017, 2022 y 2023).

2. Agustín Laje, un conservador al rescate

Según el cordobés, la ideología de género comenzó a gestarse a mediados del siglo XX, durante lo que considera la tercera ola del feminismo (Laje, 2017, p. 50). Esta ola, de carácter culturalista, radical y neomarxista, se diferencia de la primera ola ilustrada, liberal y sufragista, así como de la segunda ola netamente marxista (Laje, 2017, p. 51). El autor sostiene que los hechos que suelen atribuirse como sus fundadores son la publicación de *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir en 1949 y el Mayo Francés de 1968 (Laje, 2017, p. 51).

El politólogo plantea que el cambio de paradigma de la segunda ola a la tercera se debe a que las “nuevas izquierdas” han dejado de lado su histórica lucha de clases política-social para abrazar una “lucha de sexos” en el ámbito cultural. A raíz de este “cambio de lucha”,

(...) la construcción del juego político dependerá de la conformación de ideologías, discursos, símbolos y marcos de referencia que sean capaces de hacer equivalentes a una serie de identidades diferenciales en la lucha contra «el sistema capitalista», «el orden patriarcal», o lo que se prefiera (Laje, 2022, p. 434).

La guía de acción se inspira en el legado del italiano Antonio Gramsci (1891-1937), quien consideró que para lograr una exitosa revolución comunista en los países occidentales (y todos aquellos que no posean un Estado "primitivo y gelatinoso") primero se deberá combatir la hegemonía de las clases dominantes, arraigadas en las constelaciones de instituciones estatales que se han fortalecido y ramificado en las últimas décadas (Laje, 2017, p. 21). Por ello, en lugar de la "revolución violenta" del pensamiento marxista-leninista, la perspectiva gramsciana propone la organización de una "revolución pasiva", a partir de la cual "las 'clases dominantes' se (...) (verán) obligadas a ir absorbiendo los puntos de vista de las voluntades colectivas nacional-populares" (Laje, 2017, p. 22). Por estos motivos, los cañones intelectuales de la izquierda se redirigen a “(...) la destrucción de la superestructura familiar y matrimonial heterosexual que en teoría contribuiría a la reproducción del sistema capitalista” (Laje, 2017, p. 83). Paradójicamente, en esta “revolución pasiva” diversas empresas se ven beneficiadas por la circulación de “dinero rosa” (Laje, 2022, p. 414-5).

En la actualidad, la ideología de género -con su talentos para la articulación- se encuentra orquestando una compleja avanzada integrada por un ejército de burócratas del «género», la «inclusión» y la «diversidad», proveedores de «terapias hormonales cruzadas» y de cirugías plásticas, por el mismo «inmoral» mercado -empresas de diversas escalas a la caza de vender productos destinados a mimar ingenuos frente a una «opresión heteropatriarcal» ficticia- e incluso ingenieros sociales que buscan cumplir con agendas biopolíticas, como el control de natalidad (Laje, 2022, p. 414-5).

Ahora bien, esta avanzada cultural izquierdista emprende dos procesos sociales en simultáneo: por un lado, impulsada por el feminismo hegemónico, posiciona a varones y mujeres como "(...) sujetos irreconciliables, cuyos intereses tanto objetivos como subjetivos no pueden ser armonizados sino a través de una lucha política, a menudo incluso violenta" (Laje, 2017, p. 64); por otro lado, promueve una deconstrucción masiva de identidades en "partículas efímeras y siempre intercambiables" que puedan ser llamadas con facilidad al campo de la batalla cultural (Laje, 2023, p. 99).

En este sentido, el autor se pregunta: "¿Y hay alguien más abierto a la manipulación que aquel que no sabe ni siquiera quién es?" (Laje, 2023, p. 99). En las sociedades premodernas lo individual estaba diluido en lo colectivo. La religión, la familia, los estamentos, las castas o las lealtades feudales brindaban unos saciadores soportes identitarios. Con el advenimiento de la modernidad -período en el que reinaron los conflictos bélicos de gran escala y emergió el Estado de Bienestar- se priorizaron nuevas referencias identitarias tales como la nacionalidad y la pertenencia de clase. No obstante, en la actualidad todas aquellas referencias resultan "demasiado sólidas", por ello desde el izquierdismo cultural "se impone por doquier la idea de que mi identidad no puede ser nada que yo no haya escogido o, más todavía, construido" (Laje, 2023, p.18), guiando como ovejas a todo un pelotón de consumidores ansiosos de rebeldías al *shopping* identitario (Laje, 2023, p.18).

Bajo el eslogan de "lo nuevo es bueno, lo viejo es malo", las nuevas izquierdas apuestan a que los jóvenes y las nuevas generaciones construyan sus identidades en torno a atributos "variables" tales como el género, la orientación sexual, la autopercepción, el peso, la dieta, la pertenencia a razas y/o etnias minoritarias, al mismo tiempo que "impulsan la «deconstrucción» de las grandes referencias de sentido que abrazan las derechas" (Laje, 2023, p. 99), tales como la patria, la religión, la civilización occidental, la tradicional nacional (Laje, 2023, p. 99). Para el autor, esto "(...) es como si las derechas quisieran salvar la frontera que divide lo privado de lo público, mientras las izquierdas se esfuerzan por hacer volar por los aires esta diferencia politizando cualquier rasgo otrora considerado personal o privado" (Laje, 2023, p. 98). Por este motivo, "(...) resulta que a menudo la derecha sea reactiva y despolitizante, mientras la izquierda es revolucionaria y politizante" (Laje, 2022, p. 386).

En este sentido, "politizar lo personal" equivaldría a "(...) no dejar ningún elemento alguno de la identidad que pueda definirse fuera de las fuerzas sociales en pugna y, en última instancia, fuera del Estado" (Laje, 2023, p. 95). Por ello, deduce el autor, "el «reconocimiento» que demandan los llamados «nuevos movimientos sociales» es de carácter estatal, lo que equivale a decir que es coercitivo" (Laje, 2023, p. 95).

Tras presentar brevemente el contexto de la postura de Laje, me enfocaré específicamente en su perspectiva sobre el binomio sexo-género.

3. El género, un libreto naturalmente a obedecer

Según Laje (2022), varones y mujeres estamos destinados a desempeñar roles "diferentes" y "complementarios" en la sociedad debido a nuestras diferencias biológicas, psicológicas y - paradójicamente- sociales (o lo que podríamos entender como vinculares), tendiéndose entre ambos sexos una "desigualdad horizontal" (p. 383). El *problema* del izquierdismo cultural se encontraría en ver esta diferencia entre "naturalezas vinculantes y mutuamente necesitadas" (Ibíd., p. 384) como una opresión, como "una forma de desigualdad vertical" (Laje, 2022, p. 383). Quien profesa el derechismo, por su parte, "reconocerá esta vinculación entre distintos pero complementarios, apostará por su armonía y eventualmente procurará protegerla" (Laje, 2022, p. 384). Por lo tanto, para Laje la igualdad de género se alcanzaría al aceptar las diferencias esencialistas-biológicas entre hombres y mujeres para así valorar y respetar las características y roles *tradicionales* asociados a cada género (Laje, 2022, p. 384).

En torno a esta "imaginaria" opresión "patriarcal y heteronormativa" (Laje, 2023, p. 93) ha surgido la ideología de género, "(...) consistente en negar las determinaciones biológicas del sexo" (Laje, 2023, p. 93). El sexo, para esta ideología, en tanto corporalidad y atributo identitario (tanto tradicional como moderno), es absorbido por la noción de género, en tanto construcción cultural, hasta suprimir cualquier rastro biológico. Es decir, para las nuevas izquierdas el sexo no tendría nada que decir sobre la identidad de una persona, sólo lo puede el género, construible por mano propia en el *shopping* identitario. Pero, advierte el autor, esta forma de vivir el género es "ficcional" por no adecuarse no tanto a la naturaleza sino a su esencia-biológica (Laje, 2023, p. 94).

El género, según Laje, deriva linealmente de la biología, es una extensión, otorgándole el carácter de natural y necesario. Como sólo hay dos sexos, deduce linealmente Laje, entonces sólo debe existir una forma de *ser* mujer y de *ser* hombre (Laje, 2023, p. 94). Es esta esencia-biológica genérica la que la ideología de género intentaría torcer. En este sentido, el autor plantea que hay vestimentas en particular y apariencias estéticas en general para un sexo y para otro, imposibles de "compartir". Deteniéndome en las masculinidades, un hombre

haciendo uso de una indumentaria que tradicionalmente emplea el sexo femenino se encontraría “disfrazado de mujer”, lo que equivaldría a “ridiculizar las expresiones de género masculinas” (Laje, 2023, p. 139). De la misma forma, la biología se burla “del travesti” en su “intento de copiar” la esencia natural de una mujer, tarea que le implicará una “agotadora e inalcanzable lucha contra sus propias condiciones biológicas que jamás podrá vencer” (Laje, 2017, p. 72).

Pero, entonces... ¿Cuál es la forma de comportarnos, de sentir, de pensar y de estetización que demandaría nuestra esencia-biológica masculina? ¿Cómo deberíamos *ser* los varones? ¿Cuál sería el rumbo natural que tomarían nuestras identidades sin la “intoxicante” ideología de género? Laje no logra dar una respuesta acabada a estos interrogantes, tal vez para no explicitar su postura restrictiva en base a un ideal de género.

Ahora bien, si, como sostiene Laje, hombres y mujeres somos “complementarios” es porque individualmente somos “incompletos”. Pero... ¿No seremos “incompletos”, en cierto punto, porque al intentar ajustarnos a modelos prototípicos de cómo debemos ser según nuestro sexo, nos privamos de un amplio espectro de posibilidades de consumo y prácticas, así como de una forma potencial de ser? En Laje en particular y en el conservadurismo en general, la complementariedad entre ambos sexos para engendrar vida rompe las barreras de lo biológico e invade aquello que responde al orden de lo sociocultural, imposibilitando a hombres y mujeres vivenciar lo que nuestras sociedades califican respectivamente de femenino y masculino. ¿Qué nos impide biológicamente a los varones cuidarnos la piel, evadir la competencia y ser sensibles? ¿Contra qué condición natural atenta el hecho de que las mujeres no se depilen las piernas, sean contestatarias o no les interese el arte culinario? ¿El que una mujer amamante a su recién nacido implica que deba ser la principal responsable de su cuidado físico, alimenticio, emocional, higiénico y estético durante toda su infancia y adolescencia? Por fuera de esta complementariedad mujer-hombre, ¿no hay terceros - abuelos, tíos, primos- que desempeñan día a día indistintamente tareas de cuidado e incluso realizan aportes materiales? Que los hombres generalmente tengamos una mayor musculatura, ¿requiere que seamos los encargados de tomar las decisiones “importantes”, de reparar los electrodomésticos y de cortar el césped? ¿No hay mujeres al mando de todo tipo de empresas, expertas en la electromecánica y hábiles en el uso de la desmalezadora que demuestran que el estereotipo masculino es, precisamente, una construcción ideal?

Ahora bien, ¿por qué tendemos a reproducir ciertos roles y normas de género que se han sedimentado en el tiempo? ¿No es esta *tradicionalidad* la que Laje confunde con esencia-biológica? ¿Qué nos empuja, en nuestras sociedades, a la gran mayoría de los varones a “no jugar con el pelo, no llevar muchas joyas y nada de maquillaje”? ¿Por qué le decimos a las niñas que si los compañeros del jardín las molestan es porque “gustan de ellas”? ¿Cuál es el motivo por el que no permitimos a nuestros hijos varones jugar con muñecas o a la “cocinita”?

¿Por qué nos decepciona o nos genera culpa no *ser* como nuestros padres, tíos y/o abuelos, etc. -del mismo sexo-? ¿A qué se debe el hecho de que los varones tendemos a ocultar todo rasgo de delicadeza? ¿De dónde surge -o cómo se construye- esa voz interna que no sólo nos dice cómo debemos *ser* sino que también nos brinda la vara con la que medimos el nivel de masculinidad y feminidad en las personas y en los objetos? ¿Por qué nos sentimos juzgados y/o en falta, aun sin ser vistos, cuando nos deslizamos hacia los consumos tradicionales del sexo opuesto?

A lo largo de la historia de la humanidad han existido numerosas sociedades en las cuales los varones han utilizado elementos o realizado prácticas que hoy en día se asocian al polo femenino y viceversa. En el antiguo Egipto era habitual que hombres y mujeres se perfilaran los ojos, enrojecieran los labios y mejillas y sombrearan las cejas y párpados (Echeverría Aristegui, 2017), además de utilizar un mismo tipo de vestido-túnica durante un período de casi quince siglos (Lipovetsky, 1990, p. 28). En la Roma imperial, “los hombres se teñían y se hacían rizar los cabellos, se perfumaban y se aplicaban lunares para realzar su tez y parecer más jóvenes” (Lipovetsky, 1990, p. 36). En la corte de Luis XIV, los hombres usaban maquillaje, pelucas y tacones como signo de virilidad y poder entre la nobleza, siendo imitados por otras clases sociales, como artesanos y mercaderes (Lipovetsky, 1990, p 43). En la sociedad Mosuo, las mujeres son las jefas de hogar encargándose de administrar los recursos familiares, tienen un papel dominante en la toma de decisiones políticas y económicas y heredan la propiedad de la tierra y los bienes a través de su línea materna (BBC News, 2019). Exploremos la cultura japonesa del período Edo, donde los varones solían llevar kimonos, obis y abanicos ornamentales, además de cuidar con dedicación su apariencia física (Squires, 2022). En la tribu Wodaabe durante el mes de septiembre los hombres se maquillan todo el cuerpo y a través de la danza buscan impresionar a las mujeres, quienes pueden tener más de un esposo (La Vanguardia, 2015). Los escoceses emplean un atuendo que en nuestra sociedad es fácilmente caracterizable como una falda, el *kilt* (Acquasanta, 2018). En fin, si el género parte de una esencia-biológica, ¿eso no implicaría que todas las sociedades humanas hayan reproducido y reproduzcan, al menos rudimentariamente, un prototipo similar de cómo *ser* hombre y mujer?

Considerando lo expuesto hasta ahora, queda claro que el concepto de género es un terreno disputado. Desde una perspectiva, siguiendo lo recreado por Laje, el izquierdismo cultural lo concibe como un atributo construido culturalmente, en contraposición a los atributos biológicos. Por otro lado, el conservadurismo sostiene que la “naturaleza” lo impregna todo, invisibilizando los componentes sociales y estableciendo una forma de ser necesaria basado en el sexo. En desacuerdo con ambas posturas, en la siguiente sección exploraré el binarismo de género como un hecho social, examinando sus facetas exteriores y coercitivas sobre las personas.

4. Lo esencial del binarismo de género: exterioridad y coerción

El francés Émile Durkheim (1982) planteó que el objeto de estudio de la sociología deben ser los hechos sociales², definiéndolos como “(...) formas de obrar, pensar y sentir, exteriores al individuo y dotados de un poder de coacción en virtud del cual se le imponen” (Durkheim, 1982, p. 39). Estos son impuestos por una sociedad, entretejiendo la conciencia y la inconsciencia, con la finalidad de que sus miembros estén unidos por similares tipos de conducta y de pensamiento (Durkheim, 1982, p. 28-29). Estos hechos sociales pueden estar respaldados por un conjunto explícito de normas y sanciones, como ocurre en los sistemas jurídicos occidentales o en las prácticas religiosas, o bien pueden ejercerse de manera implícita, como las vestimentas apropiadas para ciertos rituales o los estándares estéticos que se nos imponen según nuestro sexo al nacer.

Los hechos sociales son exteriores a las personas en dos sentidos entrelazados: por un lado, la integridad del todo desborda las voluntades particulares; por otro lado, son preexistentes. Para ejemplificar, “hablando de las creencias y prácticas religiosas, el fiel las ha encontrado hechas por completo al nacer; si existían antes que él, es claro que existen fuera de él” (Durkheim, 1982, p. 37). Fenómeno similar ocurre con el binarismo de género: nacemos en una red de creencias y prácticas socioculturales divididas en una plataforma “celestes y rosa”. Es más, ¿los roles y expectativas de comportamiento socioculturalmente aceptados para hombres y mujeres no guardan una relación de polaridad similar al sagrado-profano de las creencias religiosas³?

La segunda característica de los hechos sociales es su faceta coercitiva, a partir de la cual se establecen, en diversos grados, recompensas para aquellos que cumplen con las expectativas de conducta o pensamiento naturalizadas que grandes porciones de una sociedad demandan, así como sanciones para quienes no lo hacen. ¿Cómo se generalizaría una forma de *ser* sino a través de la imposición, coerción e institución y su consecuente repetición, imitación e interiorización?

Desde el que se burlen de nuestra apariencia o que nos encarcelen por un delito, todas las sanciones persiguen un mismo efecto social: limitar el accionar, reorientar la conducta, definir lo “correcto e incorrecto”. Ahora bien, como aclara Anthony Giddens (1994), en la mayoría de

² Se desprende de este enunciado que al ser “sociales” son necesariamente colectivos.

³ Precisamente, en *Las formas elementales de la vida religiosa* Durkheim establece que “las cosas sagradas son aquellas protegidas y aisladas por las prohibiciones”, mientras que las cosas profanas “(...) aquellas a las que se le aplican las prohibiciones y que deben permanecer a distancia de las primeras” (1993, p. 88). En futuras instancias abordaré con detenimiento esta relación.

los casos, "(...) los individuos aceptan la legitimidad de la obligación, y de este modo no perciben conscientemente su carácter coercitivo" (p. 160). ¿Será esta "legitimidad" la guía que nos impulsa a *ser* de una determinada forma, a comprar determinadas prendas cuando entramos a un *shopping*, a buscar acercarnos a un ideal masculino-femenino en base a nuestro sexo?

Desde infantes nuestra familia y entorno habitual nos imponen una forma de ser a la que tenemos que adherir y con la que iremos negociando: hay una forma de vestirnos, de cómo gestionar las emociones, de gesticular, de dejarnos el cabello, de saludar, de caminar, de posar en las fotos, de sentarnos, de cómo jugar y a qué juegos, etc. Cuando uno se aleja de esas normas, algunas explícitas y otras implícitas, surgen las sanciones que pueden ir desde burlas o miradas hasta la violencia física. Si el hombre "de verdad" debe ser un *caballero*, ¿cómo se le va a permitir de niño llorar, bailar pop y/o lucir una melena?

5. La conciencia, el campo de batalla.

A partir de lo abordado en el apartado anterior, es relevante señalar que el constante entrelazamiento de exterioridad y coerción no da lugar a un ejército de individuos homogéneos. Interiorizamos los hechos sociales y eventualmente los reproduciremos, pero no nos determinan en una totalidad. En cuanto al grado de autonomía -¿o autenticidad?- Durkheim aclara:

cuando pensamos y asimilamos las instituciones colectivas, las individualizamos, les aplicamos en mayor o menor medida nuestra impronta personal; así, cuando piensa el mundo sensible, cada uno le asigna su propio matiz, y distintos sujetos se adaptan de diferente modo al mismo medio físico. De ahí que hasta cierto punto cada uno de nosotros crea *su* moral, *su* religión, *su* técnica. No hay conformismo social que no implique una gama completa de matices individuales. Pese a todo, el campo de las variaciones posibles es limitado (1982, p. 28).

Este margen sobre el que podemos movernos sin aplastarnos con el peso de un determinado hecho social depende del contexto, del entorno, de la sociedad. En el libro *La división del trabajo social* Durkheim (1995) plantea que las sociedades antiguas y primitivas -en cuanto su disposición material y subjetiva- poseían una *conciencia colectiva* tan predominante que impedía el florecimiento de acentuadas diferencias entre sus integrantes. Esta conciencia refiere, en palabras del autor, al "conjunto de las creencias y de los sentimientos comunes al término medio de los miembros de una misma sociedad" (Durkheim, 1995, p. 94). No era necesario -materialmente- ni posible -subjetivamente- ser *diferente*, trastocar el hábito,

correrse de lo habitual. Las relaciones se establecían en base a la similitud. La *diversidad*, tal como la entendemos hoy, no tenía lugar.

Es en aquellos tiempos donde la religión desempeñaba la función indiscutida de lazo moral, explicando el origen y propósito de la vida, sustentando rituales compartidos, brindando protección psicológica ante la incertidumbre y peligrosidad del entorno natural, ofreciendo un marco común de referencia moral y ética, estableciendo normas y reglas (con sus determinados castigos y recompensas); en otras palabras, la vida social giraba en torno a las prácticas y creencias religiosas.

En contraste con estas sociedades se encuentran las industrializadas, donde el trabajo social ha alcanzado un grado de complejización tal que las personas desempeñan funciones específicas, implicando una mayor individualización y autonomía. Para asegurar esta heterogeneidad fue necesario una progresiva flexibilización de la intensidad y vigilancia de diversas normas sociales. Ahora bien, el avance de la conciencia individual sobre la colectiva no implica que esta desaparezca, pero sí que abandone su rigidez, erosionándose. Como explica Santiago Cueto Rúa (2020, p. 53), esa conciencia religiosa, omnipresente y punitiva deja lugar a una más difusa, secular y permisible.

Ahora bien, los mandatos sociales en torno a cómo *ser* de acuerdo a nuestro sexo en los que hemos sido socializados tanto de manera inter como intrageneracional consisten en un componente más de la conciencia colectiva, por lo que están en plena sintonía con ella. Por ejemplo, es de esperarse que grupos conservadores, que se abrazan al calor de una conciencia colectiva casi invariable en el tiempo, no sólo reproduzcan con dureza los mismos patrones de género que les impuso su entorno, respaldados por creencias sagradas, sino que al mismo tiempo devuelven a su entorno esa imposición. Es decir, mastican, adoptan, corporizan -en apariencia sin grandes cuestionamientos- una determinada forma de ser que al mismo tiempo exigirán de sus pares.

En la práctica nunca podremos liberarnos de lo colectivo, pero sí trazar cuánta distancia tomamos de su centro gravitacional, sino... ¿Cómo podría darse la innovación, la transformación, el cambio? Es claro que la tradicionalidad se vio afectada, así como también las formas en que se desenvuelven las personalidades. Ya no debemos necesariamente apelar a la religión para cimentar nuestra identidad, tal como observa horrorizado Laje (2023), sino que todo un *shopping* identitario nos invita a probar el tradicional espectro masculino-femenino con tal sólo desprendernos de normas sociales tan vetustas como restrictivas.

6. Palabras finales

Si bien, tal como indica Laje, el sexo es parte de nuestro cuerpo y no hay cirugía ni metodología para transicionar cabalmente de uno a otro, en sus escritos no se brinda una argumentación acabada que indique por qué una persona no *debe* apelar a indumentaria, accesorios, gestualidades, prácticas, conductas, etc., que habitualmente emplea el sexo opuesto para constituir su identidad, para ser, para presentarse así mismo y a la sociedad.

Un hombre que en esta sociedad se jacta de practicar con rigidez el libreto sociocultural que tradicionalmente se le instruye a su sexo, como Laje, usaría con orgullo un *kilt* si hubiera nacido en Escocia, se compenetraría con el maquillaje si perteneciera a la tribu africana Wodaabe y habría usado unos lujosos tacos rojos de haber integrado la corte francesa de Luis XIV.

Como hemos visto, la "escuela" conservadora -a la que adhiere abiertamente Laje- ha enseñado y exigido desempeñar con rigor cuasimilitar roles de género "complementarios" en base al sexo, en un proceso que no sólo reprime el abanico de expresiones estético-emocionales posibles para el ser humano sino que también imprime determinados modos de relacionarse interpersonalmente. Sin embargo, si partimos de las constituciones psico-orgánicas y visualizamos el binarismo de género como un hecho social, comprenderemos que la polaridad "masculino-femenino", propia de la dimensión sociocultural, no responde a designios de la naturaleza. Más bien, es un "consenso" sociocultural previo de las sociedades en las que vivimos que nos excede, restringe, exige y dirige según el sexo con el que nacemos. Una vez socializados de esta manera, continuaremos reproduciendo esta polaridad, otorgándole una impronta personal siempre limitada pero cada vez más amplia.

Ahora bien, la desnaturalización de las normas de género tradicionalmente asignadas a un determinado sexo puede invitar a la peculiaridad de adoptar y reproducir con rigidez las normas de género tradicionalmente asignadas al sexo contrario, tal como se observa en la película documental *París en llamas* (1990). Tal, como explica Solana (2014), tanto las mujeres cis como las trans, apelan generalmente a "(...) una serie de procedimientos discursivos y estandartes acerca de la feminidad que conforman el conjunto de normas e ideales de género disponibles en su sociedad" (p. 4).

En fin, la "completitud" del ser humano, según la ideología conservadora, sólo se alcanzaría al emparejarse con el sexo opuesto y aceptar los roles de género que emergen de nuestra esencia-biológica, pero entender al binarismo de género como un hecho social podría permitirnos vivenciar en *libertad* todos los rasgos posibles de la personalidad humana por fuera de cualquier "norma de género", propiciando vínculos plenos tanto nuestro propio cuerpo y sexualidad como con quienes nos rodean.

7. Bibliografía

- Acquasanta, R. (2018) "El kilt: orgullo de los hombres escoceses que trasciende la cuestión de género". *La Nación*, 2 de noviembr. Recuperado de <https://www.lanacion.com.ar/lifestyle/el-kilt-orgullo-hombres-escoceses-trasciende-cuestion-nid2186838/>
- Echeverría Arístegui, A. (2017). "La obsesión por la belleza en el antiguo Egipto". *La Vanguardia*, 17 de julio. Recuperado de <https://www.lavanguardia.com/historiayvida/historia-antigua/20170706/47313998004/la-obsesion-por-la-belleza-en-el-antiguo-egipto.html>
- BBC News (2019). "El reino de las mujeres: así son los mosuo, una de las últimas sociedades matriarcales que existen en el mundo", 7 de enero. Recuperado de <https://www.bbc.com/mundo/vert-tra-46768718>
- Cueto Rúa, S. (2020). Durkheim y los hechos sociales: reflexiones sobre el feminismo. En Lacchini A., Casajus R., Manuele, M. (coord.). *Socio/Logía. Algunos recorridos por los temas de la teoría social*. La Plata, EDULP. Recuperado de <https://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/101196>
- Durkheim, E. (1982) *Las reglas del método sociológico*. Madrid, Hispamérica.
- Durkheim, E. (1993). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid, Alianza.
- Durkheim, E. (1995). *La división del trabajo social*. Madrid, Akal.
- Giddens, A. (1994). *El capitalismo y la moderna teoría social*. Barcelona, Labor.
- Laje, A. (2022). *La batalla cultural: Reflexiones críticas para una nueva derecha*. México: HarperCollins.
- Laje, A. (2023). *Generación idiota: Una crítica al adolescentrismo*. Buenos Aires, Hojas del Sur.
- Laje, A. y Márquez, N. (2017). *El libro negro de la nueva izquierda: Ideología de género o subversión cultural*. Lima, Asociación Centro Cultural de Investigación y Publicaciones Vida y Espiritualidad.
- La Vanguardia, 2015. Una tribu en la que las mujeres mandan sobre los hombres". 9 de julio. Recuperado de <https://www.lavanguardia.com/vida/20150709/54433315176/tribu-mujeres-mandan-hombres.html#:~:text=En%20el%20mes%20de%20septiembre,cabeza%3A%20ser%20elegidos%20como%20esposos.>
- Lipovetsky, G. (1990). *El imperio de lo efímero: La moda y su destino en las sociedades modernas*. Barcelona, Anagrama.
- Solana, M. (2014). El papel del travestismo en el pensamiento político de Judith Butler. *Revista de Filosofía y Teoría Política* (45), 1-26.
- Squires, G. (2022). Período Edo. *World History Encyclopedia*, Traducido por Antonio Alfaro de Prado. Recuperado de <https://www.worldhistory.org/trans/es/1-19619/periodo-edo/#:~:text=El%20per%C3%ADodo%20Edo%20se%20refiere,Tokugawa%20ten%C3%ADa%20su%20sede%20gubernamental.>